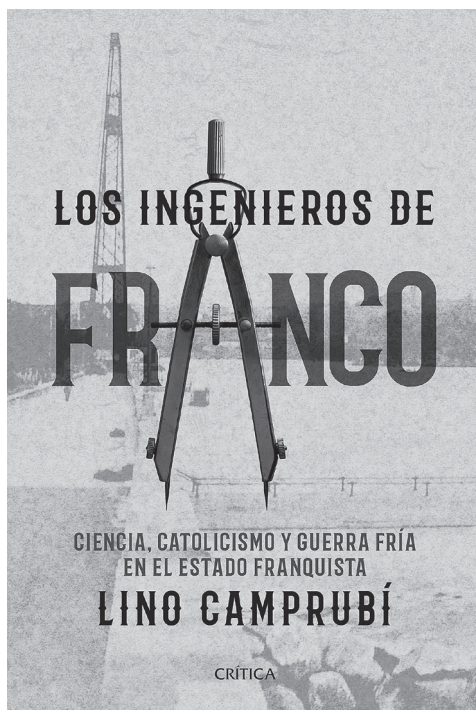


Los ingenieros de Franco. Ciencia, Catolicismo y Guerra Fría en el Estado franquista

LINO CAMPRUBÍ

Barcelona, Editorial Crítica, 2017. 320. pp. ISBN: 978-84-16771-75-2. PVP: 21,9 €



El autor de *Los ingenieros de Franco*, Lino Camprubí, ha trabajado como investigador postdoctoral en la Universidad Autónoma de Barcelona y como profesor invitado en la de Chicago y es, desde 2014, investigador en el Instituto Max Planck de Historia de la Ciencia, en Berlín. El libro está dedicado a sus abuelos: el filósofo Gustavo Bueno y Carmen Sánchez Revilla.

En un resumen sencillo podemos afirmar que *Los ingenieros de Franco* es una obra que abarca, con rigor y de manera novedosa, diferentes aspectos de la historia de la época franquista: la historia política y la historia de la ciencia y de la tecnología para ser, a mi juicio, una reivindicación de la ciencia y de la técnica en el mundo actual. Es un texto en el que se defiende la tesis de que, en la época estudiada, “determinados grupos de ingenieros y científicos fueron participantes activos en las transformaciones políti-

cas y económicas de aquellos años” (p. 9). Además, Camprubí considera que su obra es, parcialmente, una reacción “a aquellas historias sociales y políticas del franquismo que ignoran la historia de la ciencia y la tecnología” (p. 34). Esto, que es verdad para la época estudiada por el autor, también lo es para la mayor parte de las obras de historia, o de la cultura y del pensamiento en general, en las que las páginas dedicadas a la ciencia y tecnología no suelen existir o, si las hay, no son más que el resultado de los balbuceos de los autores y, en numerosas ocasiones, lo que se narra está muy lejos de la verdad. Y esto da igual que se escriba sobre la historia del siglo XX o de cualquiera otro.

El autor quiere dejar claro que no se puede caer en el error de afirmar que durante el franquismo no hubo actividad científica, porque es simplista afirmar que no existió tecnología ni investigación en un régimen reaccionario; llega a la conclusión, perfectamente razonada y expuesta, de que hubo una coevolución (me parece extraordinariamente preciso utilizar este término biológico en este contexto) entre la investigación científico-técnica y la construcción del nuevo Estado, en el que “los ingenieros tuvieron un papel central en construir una nueva hegemonía cultural para el bloque histórico establecido en España por la Guerra Civil” (p. 223). Es una obra en la que los protagonistas principales son los ingenieros, pero esto no excluye la presencia de algunos hombres de ciencia como el geólogo Manuel Alía, el biólogo José Antonio Valverde y otros.

La obra tiene un subtítulo que aclara sus contenidos: *Ciencia, Catolicismo y Guerra Fría en el Estado franquista*. Posee diez capítulos, un prólogo y un epílogo, el apartado de agradecimientos, las correspondientes notas, la bibliografía (archivos, fuentes primarias y secundarias), numerosas fotografías en blanco y negro y un índice analítico.

Los ingenieros de Franco comienza con una serie de conceptos básicos para comprender la organización del libro: autarquía, Guerra Fría, etc., destacando por un lado la importancia que, por diversas causas, tuvo la ciencia aplicada en menoscabo de la investigación pura (algo por otra parte muy común en muchos momentos de la historia científica española) y por otro resaltando el hecho de que no existía incompatibilidad entre ciencia y Estado, sino entre “formas de entender la ciencia y la técnica en relación con la religión y la política” (p. 29).

Después, en el segundo capítulo, se adentra en la relación entre el CSIC y lo que denomina su red de laboratorios e iglesias, para explicar una tesis novedosa: no es el *Opus* el que influyó en el CSIC, sino que ambas organizaciones crecieron simultáneamente y se retroalimentaron “a través de un densa red de amistades, contactos, ideas y edificios” (p. 41). Esta es, a mi juicio, una de las partes más interesantes de la obra, para cuyo estudio parte de una foto de 1937 en la que se ve a personajes que, más tarde, fueron hombres influyentes de las dos instituciones: José María Albareda, Miguel Fisac, Jiménez Vargas, Tomás Alvira, Francisco Botella, Francisco Casciari y Escrivá de Balaguer.

En el tercer y cuarto capítulos se nos presenta la historia del Instituto Técnico de la Construcción y del Cemento (CSIC) y la de su director, Eduardo Torroja Miret, uno de los principales y más conspicuos representantes del grupo de ingenieros y científicos de élite de los primeros años del Franquismo, “que concebía la economía política como una parte integrante y constitutiva de sus profesiones” (p. 83).

El siguiente capítulo está dedicado a los pantanos, unos trescientos en 27 años, y explica especialmente la transformación de la cuenca del Noguera Ribagorzana con doce saltos de agua. En el sexto capítulo se ocupa de los arrozales de las marismas del Guadalquivir y de la importancia del ingeniero Ansorena como asesor del Ministerio de Agricultura y como delegado Nacional del Servicio Nacional del Trigo.

El séptimo de los capítulos está dedicado a Doñana y, para explicar lo sucedido en el Parque, Camprubí parte de lo que en el siglo XXI representó la famosa foto de Botsuana de 2012 de Juan Carlos I: “aristócratas, cazadores y administradores coloniales” (p. 148). Se resaltan también las importantes aportaciones económicas de *World Wildlife Fund* para proteger Doñana.

En el octavo capítulo se estudia la interrelación entre diversos agentes políticos, científicos y coloniales y se da cuenta de que el Instituto Español de Oceanografía tomó una nueva orientación al ser transferido después de la Guerra Civil al Ministerio de Marina, lo que no supuso su desaparición como centro científico.

La soberanía nacional y su relación con las diferentes fuentes de energía y en especial con la nuclear es el asunto del que trata el capítulo noveno. Y es que, con los años, España se convirtió en uno de los principales productores de energía nuclear; se destacan personajes sobresalientes en este aspecto: Juan Vigón, Esteban Terradas y José María Otero Navascués.

En el décimo de los capítulos se narra la historia de los fosfatos del Sahara español, un asunto que duró tanto como el Franquismo: los fosfatos fueron uno de los principales motivos que hicieron de este territorio un lugar de estudio de numerosas expediciones geológicas: veinte entre 1941 y 1955.

El libro finaliza con un epílogo que es una reflexión que realiza el autor sobre la importancia de la ciencia y de la técnica en la historia, de manera que “la historia de los estados contemporáneos no puede nunca entenderse por completo sin prestar atención a la urdimbre técnica que atraviesa nuestro mundo actual” (p. 221).

Me permitiré, finalmente, hacerle unas precisiones al autor. En dos ocasiones (p. 39 y p. 48) habla del Colegio “Ramiro de Maeztu”, asociado al CSIC, cuando fue el Instituto de ese nombre, que no Colegio (p. 39); y los alumnos que finalizaban la carrera de Agrónomos en la Escuela de Ingenieros del mismo nombre no eran licenciados (p. 137), sino ingenieros.

En cualquier caso, *Los ingenieros de Franco* es un libro que hay que leer, por la claridad de la historia que se cuenta, por la precisión de lo que se escribe y por la concreción de información. Sin lugar a dudas es una aportación muy interesante para acercarse a la historia de la ciencia y de la técnica, muy especialmente a esta última, en un periodo clave de nuestra historia.

Francisco Teixidó Gómez
UNED